
El exilio español en México. Una mirada sobre el común de los refugiados

Dolores Pla

De todos los extranjeros que alguna vez se han establecido en México, sin duda los refugiados republicanos españoles son los que más bibliografía han generado. Por eso, es mucho lo que se conoce sobre ellos. Sin embargo, es mucho lo que falta aún por conocer. Los trabajos realizados hasta la fecha han privilegiado el estudio de la obra desarrollada en México por la porción del exilio que bien podríamos denominar la élite, entendiendo por tal a profesionistas, intelectuales, artistas, maestros y catedráticos. La preferencia por este enfoque se explica porque la obra desarrollada por esta élite constituye una página muy importante de la historia cultural de México.

Pero este enfoque, que sin duda era indispensable y fundamental para el conocimiento de este exilio, tiene una limitación muy importante: deja de lado a la mayoría de los refugiados. Aquellos que aquí denomino la élite, si bien significaban una proporción muy importante del exilio, aproximadamente 28 por ciento, eran minoría. La mayoría, el restante 72 por ciento, a los que por diferenciarlos de la élite llamó "el común de los refugiados", parecen haber desaparecido de la historia de esta migración. Este trabajo quiere ser justamente una contribución al conocimiento de esta porción mayoritaria y prácticamente olvidada del exilio español en México.

Cuando el gobierno de Lázaro Cárdenas estableció los lineamientos a los que se debería ajustar la emigración de republicanos a México, esta-

bleció, entre otras cosas, que 60 por ciento de los inmigrantes deberían ser agricultores, 30 por ciento obreros y técnicos calificados y 10 por ciento restante intelectuales, y esta decisión fue ratificada por su sucesor, Manuel Ávila Camacho. Con este planteamiento el gobierno mexicano intentaba conciliar la solidaridad política y humana hacia un grupo de perseguidos políticos con lo que consideraba las necesidades del México de la época.

En los hechos estas indicaciones no fueron respetadas y de ello fueron responsables en gran medida los dirigentes del propio exilio. El gobierno mexicano decidió que el proceso de selección de los refugiados recayera en los propios españoles, quienes elaborarían las listas de candidatos a emigrar, si bien el visto bueno final lo habrían de dar los diplomáticos mexicanos que estaban en Francia, lugar donde se encontraba al finalizar la guerra española la inmensa mayoría de los refugiados. Los dos organismos de auxilio que había generado el propio exilio, con recursos que para ello se habían sacado oportunamente de España, el SERE (Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles) y la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles), fueron los encargados de organizar y financiar la mayor parte de los viajes de refugiados a México¹ e hicieron una selección que, por una parte, no se ajustó a los lineamientos mexicanos y, por otra, benefició a unos sectores del exilio en detrimento de otros. Si comparamos la composición del exilio que se

encontraba en Francia a mediados de 1939 con la de los pasajeros de los tres primeros vapores² que llegaron a México justamente en estas fechas, ello resulta muy evidente (véase cuadro 1).

Le élite, que representaba sólo 2.77 por ciento del exilio en su conjunto —es decir, el que se encontraba en Francia a mediados de 1939— constituyó, en cambio, 28.45 por ciento de la porción que se habría de establecer en México. Así, lo pri-

mero que podemos observar acerca de los refugiados del “común” es que se vieron seriamente perjudicados al vedárseles en cierta medida la emigración a México, que era la opción más deseable para todos los refugiados españoles que querían huir de las pésimas condiciones que Francia les deparó y que veían perfilarse en el horizonte la que después sería conocida como la segunda guerra mundial.

Cuadro 1
Composición por sectores económicos del exilio en México y en Francia

<i>Actividades</i>	<i>México</i>	<i>%</i>	<i>Francia</i>	<i>%</i>
Sector primario	539	22.16	52,121	32.75
Agricultores	479	19.70	45,918	28.86
Trabajadores agrícolas especializados	4	0.16	1,544	0.97
Ganadería y cría de animales	13	0.53	907	0.57
Minería	34	1.40	2,721	1.70
Pesca	9	0.37	1,031	0.65
Sector secundario	707	29.07	77,882	48.94
Metalurgia, siderurgia y mecánica	253	10.40	15,427	9.69
Construcción	121	4.98	9,614	6.04
Transformación de la madera	74	3.04	5,922	3.72
Artes gráficas, fotografía y cinematografía	61	2.05	2,440	1.53
Industria alimenticia	50	2.06	4,926	3.10
Electricidad	37	1.52	2,809	1.77
Textiles	23	0.95	3,609	2.27
Industria de la confección	16	0.66	928	0.58
Industrias del cuero	15	0.62	2,273	1.43
Industria química	0	0.00	565	0.36
Oficios varios	40	1.64	19,338	12.15
Técnicos varios	17	0.70	3,093	1.94
Trabajadores no calificados	0	0.00	6,938	4.36
Sector terciario	1,186	48.77	29,124	18.31
Profesionistas	369	15.17	1,958	1.23
Comunicaciones y transportes	192	7.89	12,246	7.70
Maestros y catedráticos	163	6.70	2,063	1.30
Intelectuales y artistas	160	6.58	378	0.24
Empleados	106	4.36	3,616	2.27
Comercio	73	3.00	6,325	3.97
Estudiantes	45	1.85	0	0.00
Militares	23	0.95	2,538	1.60
Otros	55	2.26	0	0.00
TOTALES	2,432	100.00	159,12	100.00

Fuente: Para la información sobre Francia, Censo elaborado por el SERE en junio de 1939 (Archivo del CTARE). Para la información sobre México, Patricio G. Quintanilla, *Informe de las actividades de la Delegación de Veracruz* (mecanoescrito) (Archivo del CTARE).

Si analizamos la composición de cada uno de los vapores, se observa aún con mayor precisión el hecho de que se procuró evacuar de Francia a México de manera privilegiada a unos sectores en detrimento de otros (véase cuadro 2).

Los profesionales, intelectuales y artistas, así como maestros y catedráticos significan el 39.4 por ciento de los pasajeros del Sinaia. En el Ipanema, se abren un espacio importante las “clases medias” no intelectuales —empleados, individuos provenientes de las comunicaciones y los transportes y el comercio— que alcanzan el 23.12 por ciento, pero aún así el sector mayoritario sigue siendo la élite con el 27.39 por ciento. No será sino hasta el Mexique que los trabajadores, agrí-

colas e industriales ocupen el primer lugar en importancia, sumando entre ambos el 60.08 por ciento.

Pero si bien la porción del exilio que se estableció en México estuvo marcada por una fuerte presencia de refugiados de élite, como se decía al principio, éstos no llegaron a constituir la mayoría de esta emigración; la mayoría la constituyó el común de los refugiados, aunque quizá no es del todo justo llamarles así; de hecho, no eran tan “comunes” en la España de la que se tuvieron que desgajar.

Para confirmar este planteamiento es importante notar que mientras se estima que España tenía un índice de analfabetismo de 32 por ciento

Cuadro 2
Composición ocupacional de los barcos Sinaia, Ipanema y Mexique

<i>Actividades</i>	<i>Sinaia</i> %	<i>Ipanema</i> %	<i>Mexique</i> %
Sector primario	21.31	14.64	26.71
Agricultores	19.30	12.14	23.87
Trabajadores agrícolas especializados	0.00	0.00	0.39
Ganadería y cría de animales	0.34	0.96	0.49
Minería	1.57	0.58	1.66
Pesca	0.11	0.96	0.29
Sector secundario	25.81	26.20	33.37
Metalurgia, siderurgia y mecánica	7.97	10.79	12.33
Construcción	6.73	3.85	4.01
Transformación de la madera	3.48	2.70	2.84
Artes gráficas	2.13	2.50	2.84
Textiles	0.00	0.77	1.86
Electricidad	0.90	1.54	2.05
Industrias del cuero	0.11	0.77	0.98
Industria alimenticia	1.35	1.35	3.03
Industria de la confección	0.67	0.58	0.68
Oficios varios	1.46	1.35	1.96
Técnicos varios	1.01	0.00	0.78
Sector terciario	52.86	59.15	39.92
Profesionistas	20.65	15.41	10.27
Intelectuales y artistas	8.87	7.32	4.21
Maestros y catedráticos	9.88	5.20	4.70
Comercio	2.24	5.20	2.54
Comunicaciones y transportes	6.73	8.67	8.51
Empleados	0.45	9.25	5.28
Militares	1.01	1.16	0.78
Otros	3.03	6.94	3.62

Fuente: Patricio G. Quintanilla, *op. cit.*

en 1930 y de 23 por ciento en 1940, el que presentan estos refugiados es de apenas 1.4 por ciento. Pero no sólo eran alfabetos, sino que poseían una diversidad de conocimientos. Mayoritariamente eran trabajadores calificados. Sólo 20 por ciento de ellos no parecen haber tenido ninguna calificación, los que en su país estaban dedicados a labores agrícolas. Los restantes tenían algún grado de especialización o calificación. En este sentido destaca especialmente que los refugiados llegados a México que se desprendieron del sector secundario de la economía española, en buena medida provenían de los sectores más modernos del mismo: la metalurgia, siderurgia y mecánica, las artes gráficas, fotografía y cinematografía y la electricidad, aportaron casi la mitad del sector.

Qué sucedió en México con estos refugiados comunes es una pregunta difícil de contestar, pero algo hemos podido avanzar al respecto. El gobierno mexicano había establecido, entre sus requisitos para la recepción de refugiados españoles, el que contaran con recursos suficientes para instalarse en el país. Afortunadamente el exilio español contaba con estos recursos. Tanto el SERE como la JARE no sólo financiaron el transporte de refugiados a México, sino que financiaron y apoyaron sus primeros pasos en el nuevo país de múltiples maneras: con medidas asistenciales como comedores y albergues, con subsidios, con empleos o apoyos para crear pequeñas o medianas empresas, y también con la creación de instituciones sobre todo educativas.³ De todas estas actividades las que requirieron más recursos fueron la creación de empleos y el otorgamiento de subsidios y créditos. Por ambas vías se favoreció tanto a la élite como a los refugiados del común. El CTARE (Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles), que era la representación del SERE en México, puso especial énfasis en la creación de empleos, tanto en diversos lugares de provincia como en la capital del país, donde a la postre se habrían de reunir la mayoría de los refugiados. La JARE funcionó de otra manera; su ayuda principal se basó en la concesión de subsidios y en el otorgamiento de créditos para fundar empresas.

Pero el tiempo del exilio “subsidiado” y en

buena medida “ensimismado” terminó relativamente pronto. La enorme burbuja protectora que significaron los organismos de ayuda y sus instituciones fueron diluyéndose y haciendo que, aunque de diversas formas y con distinta intensidad, todos los refugiados fueran insertándose directamente en la sociedad mexicana, especialmente en lo que al ámbito ocupacional se refiere. A partir de este momento de, digamos, “dispersión”, resulta más difícil seguir la huella de estos refugiados y llega un momento en que nos encontramos con que una buena parte de ellos han “desaparecido” y no sólo de los estudios sobre el exilio.

Para mostrar esta “desaparición” recurriremos a un subgrupo del exilio, el de los catalanes, que son de los que tenemos información, misma que pensamos que alumbra lo sucedido con el resto del exilio mexicano, sobre todo porque ellos solos constituyeron el 20 por ciento del total del mismo. Cincuenta años después de haberse establecido el exilio en México, a principios de los años noventa, se hizo un importante esfuerzo por registrar a los catalanes de México, entre ellos, por supuesto y de manera muy destacada, a los refugiados, y este esfuerzo desembocó en el *Diccionario de los Catalanes de México*.⁴ Revisándolo con detenimiento se pueden encontrar en él 647 catalanes presumiblemente refugiados⁵ de los poco menos de 5 mil (alrededor de 4.800) que estimamos que llegaron a México, es decir, registra sólo a un poco más de 13 por ciento.⁶ Lo primero que llama la atención es que se haya localizado relativamente a tan pocos, es decir, la mayoría de los catalanes exiliados parecería haber “desaparecido” a lo largo de los años. Comparando la información que tenemos sobre el exilio catalán que llegó a México con la que podemos desprender del *Diccionario*, nos encontramos con que los “desaparecidos” son prácticamente la totalidad de aquellos que en su país de origen estaban ocupados en el sector primario —ello es agricultores—, y una buena porción, la mitad, de los que estaban ocupados en el sector secundario de la economía. Mientras los ocupados en el sector primario significaban 11.28 por ciento de los que llegaron, sólo representan el 0.96 por ciento de las personas consignadas en el *Diccionario*, y la proporción de los ocupados en el sector secun-

dario pasa de representar 31.46 por ciento a sólo 16.69 por ciento. En cambio, los individuos provenientes del sector terciario estarían sobrerrepresentados en el *Diccionario*, pasando de significar 57.26 por ciento a 82.05 por ciento, y ello sucede sobre todo con los profesionales, los maestros y catedráticos y los intelectuales y artistas (véase cuadro 1). Es decir, pareciera que con el

paso de los años el exilio se hubiera reducido, en términos numéricos, y se hubiera hecho aún más selecto de lo que originalmente fue.

Pero si bien el *Diccionario* ofrece, entonces, una información relativamente parcial del exilio catalán establecido en México, no por ello deja de ser una fuente de primera importancia para su conocimiento, sobre todo, en este caso, para

Cuadro 3
Composición ocupacional de los refugiados catalanes en su conjunto y de los que aparecen en el *Diccionario*⁷

<i>Sector</i>	<i>Exilio catalán en su conjunto</i>	<i>Exilio catalán consigando en el Diccionario</i>
Sector primario	11.28	0.96
Agricultura	8.76	0.72
Agricultura especializada	1.56	—
Ganadería y cría de animales	0.60	0.24
Minería	0.12	—
Pesca	0.24	—
Sector secundario	31.46	16.99
Metalurgia, siderurgia y mecánica	5.64	2.87
Construcción	2.28	0.96
Transformación de la madera	1.80	1.67
Artes gráficas, fotografía y cinematografía	1.20	2.15
Industria alimenticia	1.44	0.72
Electricidad	1.56	1.20
Textiles	8.40	3.35
Industria de la confección	5.40	1.91
Industria del cuero	1.20	—
Industria química	0.12	0.24
Oficios varios	2.16	—
Técnicos varios	0.24	0.48
Otros	—	1.44
Sector terciario	57.26	82.05
Profesionales	10.44	28.47
Comunicaciones y Transportes	3.60	0.72
Maestros y catedráticos	8.40	11.24
Intelectuales y artistas	4.44	17.22
Empleados	9.12	6.46
Comercio	6.24	4.78
Militares	0.84	0.72
Otros	13.16*	12.44**
TOTALES	100%	100%

Fuentes: Archivo del CTARE y José Bru Tomàs y Josep M. Murià i Romaní, José María Murià (coord.), *op. cit.*
* Incluye 3.48 por ciento que eran estudiantes. ** Incluye 4.31 por ciento que tenían dos ocupaciones.

acercarnos a lo sucedido con el común de los refugiados; especialmente si se complementa la información que de él se desprende con otras provenientes de las voces de los propios refugiados. Por lo que respecta a la inserción económica y social de los refugiados, en la información que proporciona el *Diccionario* destacan dos cuestiones: una, que generalmente mantuvieron en su país de acogida la ocupación que les era habitual en su país de origen, y dos, que un buen número de ellos se convirtieron en México en propietarios en el ámbito de la industria, el comercio y los servicios. Para dos terceras partes de estos refugiados el exilio no implicó un cambio ocupacional, ello sucedió sólo para una tercera parte de ellos, y la mitad (47.77 por ciento) se convirtieron en propietarios en México. Estas cifras parecen indicar que estos refugiados vivieron una afortunada inserción económica a México y que el exilio abrió para ellos un proceso de movilidad social ascendente.

Si los primeros momentos de su estancia en México fueron difíciles para la inmensa mayoría de los refugiados, hay indicios de que para muchos las dificultades se superaron pronto. A Bladé i Desumvila, quien llegó a México en 1942, apenas tres años de iniciado el exilio mexicano, se encontró con que los refugiados que le habían precedido estaban "todos perfectamente insertados en un medio que permite ganarse la vida, a veces holgadamente, por poco que uno ponga de su parte." Una de sus conclusiones era: "el abanico de posibilidades de acción es, en este país, mucho más amplio que en el nuestro".⁸ Y el poeta Pere Matalonga, también en los primeros años del exilio, escribió una sátira llamada *La Vinya* en la que se refiere al éxito obtenido sobre todo por los sectores más modestos del exilio: sin proponérselo, estaban "haciendo la América".⁹

La razón principal de la pronta y afortunada inserción del común de los refugiados a la vida económica y social mexicana se encuentra en el muy particular momento histórico que atravesaba México a su llegada. Al terminar los años cuarenta tocaba también a su fin el régimen cardenista y con él el periodo posterrevolucionario en el que fue preeminente la lucha política y social y se daba inicio a otro en el que el acento iba

a ponerse en el ámbito económico: en la industrialización. Ya no se vivirían, como antes, graves conflictos provocados por la lucha por el poder, y, asimismo, las grandes movilizaciones sociales que habían sido características del cardenismo también desaparecerían.

El sucesor de Cárdenas, Manuel Ávila Camacho, desde su discurso de toma de posesión proponía la "unidad", frente a la tirantez social del periodo anterior, y la necesidad de "una economía próspera y poderosa".¹⁰ Ambas cuestiones se vieron favorecidas por un acontecimiento extranacional: la segunda guerra mundial. Por una parte se inició la llamada política de Unión Nacional, tanto en aras de frenar la conflictividad interior como frente al peligro exterior. Por otra, el proceso de industrialización se vio favorecido por la guerra que permitió a México una política de sustitución de importaciones y aun convirtió al país en exportador de productos manufacturados. Entre 1940 y 1945 las manufacturas pasaron de representar el 16.9 por ciento de la producción total del país al 19.4 por ciento, ya que mantuvieron un crecimiento promedio anual de 10.2 por ciento.¹¹ A partir de estos años el proceso de industrialización de México se volvió irreversible, y aunque al finalizar la guerra disminuyó el ritmo de crecimiento de la industria, pronto se recuperó.

La industrialización acelerada facilitó el encuentro entre los refugiados y México. El país necesitaba mano de obra calificada con la que no contaba en la medida suficiente, y los refugiados eran, en mucho, esto, trabajadores calificados. Por ello muy pronto muchos de los refugiados se dieron cuenta de que su arribo a México había sido una verdadera bendición, y quizá podrían decir con el señor Guillot: "Llegando a México nos dimos cuenta que habíamos llegado a Jauja."¹²

En el éxito del común de los refugiados intervinieron varios factores. Uno de ellos, como ya hemos visto en otra parte, fue que no eran tan "comunes", se trataba de trabajadores calificados que eran particularmente necesarios en México, y el haber podido desplegar sus capacidades y conocimientos en su país de acogida fue sin duda lo que les abrió las puertas a una favorable inserción económica y social. El señor Faraudo,

que era un buen técnico electrónico, dice que al llegar a México

entrábamos a un país —hace cuarenta años— [que] tenía un nivel intelectual o educativo, o un nivel escolástico [*sic*] mucho más bajo que el que nosotros teníamos saliendo de España. Esto representó para nosotros una ventaja muy grande, porque pudimos hacer un trabajo que los demás eran incapaces de hacer por falta de educación. [...] Entonces nosotros vivimos dos cosas, el señor que ya sabe y puede trabajar [...], y ser profesor.¹³

Y ejemplifica: “Nos encontrábamos con el problema de que las máquinas si no estaban bien ajustadas no funcionaban. Entonces hacer venir un técnico del extranjero para que ajustara la máquina les costaba mucho dinero. Y esto fue mi oportunidad, porque en lugar de venir el técnico extranjero, lo hacía yo.”¹⁴

Que fue determinante para los refugiados la preparación con la que llegaban, sus conocimientos, lo muestra el análisis del *Diccionario* referido a los catalanes; según su información, de los 85 refugiados que se convirtieron en propietarios, 60 (70.59 por ciento) lo hicieron dentro del mismo tipo de actividades que realizaban en su país de origen, y sólo 25 (29.41 por ciento) cambiando de actividad.

Adicionalmente intervinieron otros factores para la afortunada inserción de los refugiados: la buena voluntad del estado mexicano hacia ellos y el hecho de que fueran precisamente españoles, lo cual se tradujo en cierto apoyo de sus paisanos antiguos residentes establecidos con anterioridad en México y en una peculiar manera de ser percibidos por la sociedad receptora.

La buena voluntad hacia los refugiados por parte del estado está ampliamente analizada en buena parte de la bibliografía sobre el tema, así es que aquí sólo diré que en todo momento el estado mexicano les facilitó las cosas, ya fuera modificando la legislación relativa a extranjeros cuando fue necesario, en ocasiones aun haciendo caso omiso de ella y con infinidad de gestos personales de los funcionarios mexicanos.

Por otra parte, contra lo que pudiera pensarse, los refugiados, y muy especialmente estos que hemos ubicado en el común, contaron en no pocos casos con la solidaridad de sus paisanos antiguos residentes desde el momento mismo de pisar tierra mexicana. En los primeros y difíciles tiempos en la ciudad de México, muchos refugiados recibieron muestras de solidaridad de sus paisanos, mismas que recordaron con agradecimiento al paso del tiempo. Ricardo Mestre no olvidó que:

Cuando llegué, sin ropa, un antiguo residente, gachupín republicano, muy entusiasta [...], me regaló dos trajes de él que me duraron años porque eran de tela inglesa estu-penda, unos zapatos que también me fueron muy bien ¿me entiendes? Así, me vestí bien al poco tiempo gracias a este señor.¹⁵

Ni tampoco María Tarragona olvidó que al ir a comprar muebles para instalar su primera casa, sin dinero ni siquiera para el enganche, el “gachupín” que se los vendió les dijo: “Ustedes me pagarán, no se preocupen, llévense todo.”¹⁶ No siempre las muestras de afecto venían de antiguos residentes de sentimientos prorrepúblicanos. La misma señora Tarragona recibió apoyo de “otro ser extraordinario”, un antiguo residente muy rico que durante años mandó a Franco barcos cargados de víveres, al grado de que el dictador le ofreció el título de marqués de Franco, mismo que no aceptó.¹⁷

Sin duda esta actitud de los españoles antiguos residentes hacia los refugiados se explica con estas palabras que uno de ellos dijo al señor Muriá al principio de su estancia en México: “que, republicanos o franquistas, todos éramos españoles”. Por eso, continúa el señor Muriá:

aunque todos eran franquistas y creían la propaganda de la prensa de que los refugiados éramos matacuras, asesinos, rojos, desalmados, en el trato directo, de cara a cara, de hombre a hombre, cambiaban completamente. Tanto es así que fueron muchos los gachupines acérrimos franquistas, que buscaban refugiados españoles para darles



puestos en sus negocios, manifestando una cierta compasión por nuestra situación, por lo que habíamos sufrido, por lo que teníamos que sufrir todavía.¹⁸

No pocas veces la solidaridad de los antiguos residentes se tradujo en empleos. Analizando cuarenta entrevistas realizadas a refugiados catalanes se puede observar que una tercera parte de ellos obtuvieron sus primeros empleos con ayuda de antiguos residentes. Muchas veces estos "primeros auxilios" fueron sólo eso, pero en otros casos marcaron en definitiva la trayectoria laboral de los refugiados.

Algunos prejuicios que prevalecían en la sociedad mexicana también resultaron favorables para los refugiados. En México existió durante mucho tiempo —y todavía pervive de algún modo— una relación ambigua hacia España y los españoles. De una manera muy simple se podría decir que la memoria colectiva de los mexicanos recuerda los agravios de la conquista, mismos que se vieron alimentados por la privilegiada situación de clase que los peninsulares residentes en México tuvieron durante la colonia y continuaron teniendo después de la guerra de Independencia y por largos años. Esa memoria genera un sentimiento antiespañol que hace asentar el origen de la nacionalidad en el mundo indígena precortesiano, que niega la época de la colonia y con ello la incidencia del mundo hispano en la formación de México. Este sentimiento, sin embargo, convive con una actitud igual de extendida y profunda, que se traduce en que si bien se exalta el mundo indígena precortesiano, se denigra cotidianamente al indio vivo y se procura no confundirse con él. El mundo prehispánico, del que se sienten orgullosos la mayoría de los mexicanos, está totalmente divorciado de la realidad contemporánea de los indígenas, mismos que con el paso de los años se fueron convirtiendo mayoritariamente en grupos subordinados, pobres y aislados. Y ello, sin duda, está íntimamente vinculado a la estructura de clases del país, misma que durante muchos años se armó, si bien no explícitamente, muy condicionada por el color de la piel. En esta estructura los puestos privilegiados han correspondido sobre todo a la minoría blan-

ca —europea o de origen europeo— y la posición más desfavorecida al mundo indígena y su descendencia mestiza. Ello ha devenido en un racismo, si bien encubierto la mayoría de las veces, que actúa cotidianamente favoreciendo a los individuos de piel más blanca. En la medida en que ello sucede, los mexicanos no reconocen, en términos personales, su ascendencia indígena, sino que se adscriben únicamente a un real o supuesto origen español.

Todo ello desemboca en un real sentimiento antiespañol, en términos ideológicos, y, al mismo tiempo, en un cierto deseo de ser español en el ámbito personal. Así lo observó, entre otros refugiados, el señor Costa:

El mexicano siempre fue, debido a la Conquista y a lo de la propaganda, un poquito antiespañol: el dieciséis de septiembre, el gachupín... [Pero] a estas personas que te hablan, que se quejan de lo que hicieron los españoles, no se les puede decir que no son descendientes de españoles, ellos se sienten descendientes de españoles ¿no? Es una incongruencia. Decirle [a alguien]: "Pues tú eres mexicana, entonces tienes raíces indígenas." [Y te contesta]: "No, yo tengo raíces españolas."¹⁹

A esta situación general habría que agregar que en el momento de la llegada de los refugiados se promovía a nivel estatal una política indigenista, compartida y apoyada por los sectores más progresistas de la sociedad, que contribuía a dar un matiz particular a la relación entre los mexicanos y estos españoles recién llegados. Así, resumiendo, en este tiempo podríamos dividir a la sociedad mexicana, por lo que se refiere a su postura hacia España y los españoles, en dos grandes grupos: los sectores más progresistas, vinculados al cardenismo, enarbolaban la bandera del indigenismo, lo cual los enfrentaba a "lo hispano", pero al mismo tiempo, por afinidad política, eran simpatizantes de los refugiados, que eran precisamente españoles; los sectores de derecha, opuestos al cardenismo, no tenían la mayor simpatía por el mundo indígena, eran mayoritariamente hispanófilos, pero políticamente estaban

en la trinchera opuesta a la de los refugiados. Por todo ello los mexicanos tuvieron muchos gestos de simpatía hacia los refugiados, pero también los hubo de rechazo.

Con todo, el ser español rindió, en general, muchos más beneficios que inconvenientes. Implicaba de entrada tener un estatus, no importaban las condiciones de precariedad en la que muchos de los recién llegados estaban. Esto quedó muy pronto de manifiesto sobre todo en el terreno del empleo. Aunque muchos refugiados tuvieron al principio trabajos humildes, aun humillantes, muy pronto les quedó claro que había cierto tipo de ocupaciones que les serían vedados, que "un español en México" no las podía realizar, estaban reservadas a los mexicanos. Y no se trataba precisamente de "buenos trabajos", al contrario. Los antiguos residentes se lo habían advertido a los que quisieron incorporarse en los primeros tiempos del exilio a los trabajos del campo y se lo advirtieron también a los que se incorporarían a las ciudades que a la postre fueron la inmensa mayoría. Recuerda el señor Esteva:

Todos nosotros queríamos trabajar, pero los primeros españoles que entraron en contacto con nosotros nos dijeron: "No os van a dejar trabajar como obreros." Lo cual fue cierto: a nosotros nos trataron como exiliados pero también como españoles, y como españoles no se les ocurría que nosotros pudiéramos entrar en una fábrica textil pero como obreros, o en la construcción como peones o en el campo como trabajadores campesinos. Porque pensaban que no era nuestro papel.²⁰

El mismo señor Esteva recuerda que uno de los primeros trabajos que encontró fue como albañil, pero no duró en el mismo porque:

los obreros me vieron mal, los mexicanos, porque pues se consideraba que eran los mexicanos los que tenían que trabajar como obreros, que nosotros teníamos que hacer de capataces o de empleadores o de empleados de confianza de la empresa, pero no en

una cosa de trabajo manual directo... en una fábrica.²¹

Y abundando sobre los beneficios que significó el ser español, el señor Guillot dice:

Nos distinguieron porque decían que éramos muy serios, que éramos muy formales; digo, ha habido gente de oficio que ha venido, muy buena, muy buena, y eso también ayudó mucho ¿no? [...] Desde que estoy en México nunca me ha faltado trabajo, y más que yo era derecho. A mí me consta que me han pagado algunas veces más que a algunos talleres que son de un mexicano, por ejemplo. Es una cosa innata en el mexicano, que ellos son muy nacionalistas, pero llega un momento que ellos, entre ellos, no se ayudan mucho tampoco.²²

Por otra parte, seguramente los refugiados no hubieran podido, aunque los mexicanos los hubieran aceptado como tales, incorporarse a los eslabones más modestos de la sociedad mexicana, por ejemplo como obreros. Si el nivel de vida de los campesinos mexicanos era tan pobre que ahuyentó a los pocos que quisieron ir a trabajar el campo, el de los obreros también hubiera ahuyentado a los que se hubieran querido incorporar como tales. Recuerda el señor Santamaría que estando empleado como técnico en una fábrica textil, a veces, por la noche, se daba una vuelta por la fábrica y

encontraba algún obrero dormido, sentado allí detrás de la máquina. Y le tocaba y algunas veces se levantaba y me decía: "Sí, señor, pero gano dos pesos..." Me daba la vuelta, ya me giraba y no le decía nada. Dos pesos cincuenta representaban varios pesos de aquel tiempo, se compraba alguna cosa, pero no para vivir ni para sostener una familia.²³

Los obreros aquí "vivían peor" que en España. "Allí todos los obreros, todos, tenían una ca-

sa en la que no entraba el agua y no era de madera ni de cartones".²⁴

El resultado de todos estos factores sería que, efectivamente, el exilio habría significado para una buena porción de los refugiados un proceso de movilidad social ascendente. Así lo reconocen ellos mismos. Dice el señor Guillot: "el estandar de vida del noventa por ciento de la gente que llegamos aquí a México, seguramente que en España no lo hubiéramos podido alcanzar."²⁵ Y Manuel Martínez Roca comenta: "en general la gente nuestra vive bien, porque se dan cuenta que tienen unas condiciones que... hubiera sido difícil conseguir las aquí [en España]."²⁶

Con lo anterior, sin embargo, no quiero decir que los refugiados vivieran un proceso, como a veces se ha dicho, de "gachupinización". Aunque me interesa resaltar que una buena parte no estuvo tan desvinculada de los antiguos residentes como muchas veces se piensa, estaría lejos de la realidad decir que fueron éstos los que les abrieron las puertas de la vida económica del México. Además, la inserción económica y social de los refugiados no tuvo que ver con las formas tradicionales de la antigua colonia: ni se insertaron en los mismos nichos económicos ni a través del sistema usado por los antiguos residentes. En este sentido, es significativo lo que explica el señor Esteva, a quien un catalán antiguo residente de Puebla le ofreció apoyarle para que se hiciera de una empresa propia.

yo me di cuenta de que este hombre tenía la idea de que yo iba a meterme cincuenta años ahí haciendo todo mi progreso material, sobre la base de ir ahorrando el centavito, y al cabo del año unos trescientos pesos de beneficio, el otro año setecientos, al otro quinientos más y tal y así ahorrando, ahorrando, acumulando, hasta que finalmente puedes hacer tu fabriquita, y cuando ya eres abuelo ya tus nietos se van gastando todo eso. Y, claro, esta filosofía a mí no me gustó nunca. Empecé a deberle al banco, empecé a no poder pagar las letras.²⁷

Y el señor Costa, explica que pronto tuvo éxito: empezó a trabajar en una lechería, a los seis

meses ya era dueño de la misma y al año ya tenía dos, pero lo dejó porque "era un trabajo muy esclavo."²⁸

De haber seguido el modelo "gachupín" y haber tenido más acentuado el espíritu empresarial, quizá muchos refugiados más hubieran accedido al éxito económico. Pero no parece que estuvieran dispuestos a vivir el sistema de autoexplotación que era característico de los antiguos residentes ni, muchos de ellos, se sentían demasiado inclinados a prácticas propias de los hombres de "la actividad mercantil". El señor Muriá, por ejemplo, dice que no se hizo rico porque no quiso. En un determinado momento decidió abandonar las actividades empresariales: "Dejé totalmente la actividad próspera y remunerativa. Tenía ganas de dejarla porque mis condiciones intelectuales y espirituales no eran las adecuadas para dedicarme con demasiada insistencia a la actividad mercantil."²⁹

Con todo, hay quienes sí consideran que una parte al menos de los refugiados tiene comportamientos muy parecidos a los de los "gachupines". Dice el señor Esteva:

yo creo que muchísimos de los españoles que no actuaron políticamente, empezaron a identificarse mucho con los modos de comportamiento de los que llamábamos gachupines y que sus actitudes hacia México empezaron a ser las actitudes que puede tener uno por sus intereses. Y seguían siendo antifranquistas, pero en la práctica ejercían... gente que habían sido trabajadores, obreros, sindicalistas, políticos de izquierda y todo eso, actuaban en sus fábricas, en sus negocios, de la misma manera que actuaba un viejo residente, o que actuaba aquí un dueño de qué se yo.³⁰

El propio señor Esteva, reflexionando sobre este asunto, desde su disciplina, la antropología, plantea que hubo un factor fundamental que hizo que en cierto sentido los refugiados dejaran de serlo y se fueran convirtiendo en "emigrantes económicos": la despolitización. Efectivamente, si lo que caracteriza a los refugiados es su compromiso político, en la medida en que éste se

diluye, la cercanía con los emigrantes por motivos económicos se acentúa. Claudio Esteva Fabregat define las diferencias entre el emigrante económico y el político diciendo que el primero se distingue por una orientación individualista en el sentido de que sólo se debe a sí mismo o a un grupo reducido como puede ser la familia, mientras al segundo hay que verlo integrado dentro de la fórmula de los ideales colectivos, de las obligaciones ciudadanas, encajado en la idea del deber, del bien específico de una patria, de un pueblo, de una etnia o una clase.³¹ Para el autor, cuando estas diferencias desaparecen, es decir, cuando se abandona la militancia —cosa que dentro del exilio español sucedió, antes o después, en la mayoría de los casos— se pasa de la segunda categoría a la primera: se deja de ser un emigrante político para ser un emigrante económico. Quizá por eso puede decir el señor Salvadores, ya a fines de los años setenta: “ahora los llaman gachupines a todos, durante algún tiempo logramos que no, pero ahora, después. Que esto ha sido creado en parte porque la mayoría de nuestra gente vive muy bien económicamente [...] y eso se puede comprobar, yo creo, casi uno a uno, y eso lógicamente los ha alejado del pueblo”.³²

Por último, cómo las diferencias de origen social dentro del propio exilio, que aquí sólo se han presentado haciendo división entre refugiados de élite y el común de los refugiados, tuvieron un peso decisivo en la formación de la “comunidad refugiada”. Aunque al inicio del exilio, las principales barreras al interior eran las generadas por las diversas posturas políticas, con el paso del tiempo y el debilitamiento de la militancia éstas tendieron a difuminarse. En cambio, hay evidencias de que las diferencias generadas por los diversos orígenes sociales tuvieron un peso definitivo aunque no resulta fácil observar cómo sucedió.

Respecto a esta cuestión, en algún momento comentó la señora Vidarte, por ejemplo, que no enviaba a sus hijos al Club Mundet, que era “el deportivo de los refugiados”, porque: “Yo decía que el Club Mundet era una sucursal de la Dehesa de la Villa y que en Madrid tampoco iba a la Dehesa de la Villa. [...] La Dehesa de la Villa es

un parque muy popular.”³³ Y la señora Tarra-gona, dice que con “la gran masa total [...], sobre todo con la gente de determinado nivel intelectual, la situación era de mucha envidia [...], como un rescoldo de resentimiento, incluso, para los que iban mejor preparados, ¿ves?”³⁴

Y si, por una parte, hubo refugiados que no tenían disposición de convivir con otros a los que consideraban “muy populares” o “resentidos”, otros, de origen justamente popular, no estaban dispuestos a respetar las jerarquías que habían sido válidas en el país de origen. Muchas veces se reconocía y aceptaba como “autoridad”, aunque no fuera más que moral, a determinadas personalidades del exilio, pero no siempre era fácil aceptar situaciones subordinadas cuando, justamente, el exilio compartido daba una “sensación” de igualdad. En este sentido, son reveladores dos testimonios. Por una parte el señor Marull narra que recién llegado, aún en Veracruz,

...me propusieron los amigos éstos que venían [en su mismo barco], el sobrino de Santaló y otro amigo, que eran intelectuales y que sabían que iban a poner un colegio, que yo me fuera de [sic] barrer. Digo: “Bueno, si tengo que barrer allá con ellos o tengo que ir a vender carbón o a escobar, mejor barro solo y así no me da vergüenza, [...] nadie me conoce.”³⁵

Y el señor Guillot, por su parte, relata cómo en una controversia al interior del PSUC acerca de la actuación de José del Barrio —que había sido su superior en el ejército republicano— y que terminó con la expulsión del distinguido militar y militante comunista, él declaró en su contra y a la salida de la reunión, al reclamarle Del Barrio, su contestación fue: “Mira, no seas bruto —ésa es la palabra— porque a mí nunca más me mandarás como militar; ni tú serás jefe de cuerpo de ejército ni yo seré jefe de ninguna cosa.”³⁶

Se podría pensar que mucho de lo dicho son anécdotas, pero todo parece indicar que no es así. Retomando como ejemplo a los refugiados catalanes, ya vimos cómo en el *Diccionario* multicitado se lograba reunir a relativamente pocos refugiados y que estos pocos eran sobre todo los

que hemos venido denominando la élite del exilio. Resultaría así que después de más de cincuenta años, sólo se reconocieron o fueron reconocidos como catalanes refugiados en México una porción de los que formaron el exilio inicialmente.

¿Qué fue lo que hizo que “desaparecieran”, que se hicieran tan invisibles que no fuera posible localizar, y por consiguiente consignar en el *Diccionario*, a un número tan alto del “común” de los refugiados? No es posible saberlo, pero sí plantear algunas hipótesis al respecto. Una es que, efectivamente, una parte de los exiliados “desaparecieron”, perdieron todo contacto con sus iguales. Este fenómeno puede haberse dado básicamente por la vía del aislamiento geográfico, sería el caso de aquellos que finalmente se asentaron en lugares de provincia donde no tuvieron oportunidad de interactuar con sus pares.

Otra tendría que ver con la autoexclusión, es decir, que hubiera un buen número de catalanes —o sus descendientes— que no manifestaran interés por ser incluidos en un recuento sobre los refugiados de México. Se sabe que para hacer el *Diccionari del Catalans d'América* —que fue el antecedente y la base para el trabajo elaborado por Muriá y Bru— se hicieron llegar muchos cuestionarios a presuntos interesados y que fueron muchos, también, los que no los contestaron.³⁷ Ello pondría de manifiesto una falta de interés hacia “lo catalán” de buena parte del grupo inicial; ya no considerarían importante ser reconocidos como catalanes de México, lo cual sería, sin duda, un dato muy importante. Pero quizá hubo también otro elemento que explicaría por qué no contestaron los cuestionarios: la modestia. El criterio para elaborar el *Diccionari del Catalans d'América* era que incluyera a aquellos que hubieran dejado *petjada* en sus países de acogida, y aunque nunca quedó claro que significaba tal *petjada*, fácilmente se podía interpretar como que se hubiera tenido una labor destacada en México. Frente a la sobresaliente obra realizada por el sector más distinguido del exilio,

no pocos pueden haber pensado que sus modestas aportaciones no merecían quedar registradas. Así, resultaría que una buena parte de los refugiados se “autodesaparecieron”. Y ello tendría mucho que ver con la imagen, muy bien ganada, que el exilio se ha dado y le ha dado la sociedad mexicana: el ser un exilio de intelectuales. Entonces, aquellos refugiados que no tenían cabida en esta clasificación se mantuvieron al margen.

Pero existe una tercera posibilidad que tendría que ver tanto con la “autoexclusión” como con la “desaparición”, pero en este caso sería una “desaparición” por “aislamiento social”. Para entender esta cuestión hay que tener presente que ser reconocido socialmente como “español en México” —que en este caso bien puede traducirse como “catalán en México”— implica llenar unos requisitos no escritos, de los cuales el principal es tener un estatus mínimo, es decir, no ser pobre. Quien no tenga este estatus puede llegar a vivir un proceso de aislamiento y extrañamiento con respecto a las instituciones españolas de México y aun en las relaciones sociales, ya que no se siente cómodo para interactuar con el resto de sus paisanos. Y a ello se suma que para ser reconocido como “refugiado español en México”, a este requisito económico se sumaría otro, el de ser mínimamente ilustrado y tener determinado tipo de ocupación. Por ejemplo, entre los refugiados no sería bien visto que un igual fuera abarrotero —ocupación esta identificada con los “gachupines”—. Al respecto dice el señor Gené, quien se ganó la vida con una tienda de abarrotes: “Parece que aquí, yo después noté, que aquí entre las amigas [de su hija], ser abarrotero es una cosa más inferior.”³⁸ Dicho de otra manera, el ser pobre o el haberse “agachupinado” serían dos elementos que pesarían en el proceso de aislamiento de un individuo con respecto al resto de la comunidad refugiada de México. En suma, pues, que las diferencias de origen de los exiliados, y también las de las diversas formas de inserción a México, pesaron en la formación de la comunidad.

Notas

¹ Ya desde Francia misma, ambos organismos habían mostrado ciertas preferencias a la hora de otorgar apoyos. Al respecto se sabe que de los casi 100 millones de francos con que había contado el SERE en 1939, "las partidas asignadas a los campos de concentración —donde se hallaba la gran mayoría, y además la más necesitada, del total de expatriados a Francia— apenas sobrepasaban los 14 millones de francos, esto es, una séptima parte." Javier Rubio, *La emigración de la guerra civil de 1936-1939. Historia del éxodo que se produce con el fin de la II República española*, I, Madrid, Librería Editorial San Martín, 1977, p. 135. Y la JARE no fue más equitativa que el SERE en su ayuda a los refugiados en Francia, puede que lo haya sido menos. Explica Javier Rubio: "Ya en el primer balance de la JARE, que se cierra en París el 30 de septiembre de 1939, la cantidad dedicada a socorros y asistencia a los refugiados de tropa es de poco más del 10 por ciento, mientras que a las habilitaciones de la Diputación Permanente y de la Generalitat de Cataluña correspondían casi las dos terceras partes del total. Unos meses después, en mayo de 1940, la composición de la nómina de beneficiarios de la Junta en Francia confirma los criterios *elitistas* de su política asistencial, pues contiene numerosas asignaciones mensuales de 5,000 francos, que duplican la máxima del SERE, mientras se contestaba a innumerables solicitudes manifestando que no se podía concedérseles el menor subsidio." *Ibid.*

² Consideramos que los pasajeros de estos tres primeros vapores (el Sinaia, el Ipanema y el Mexique) constituyen más que una muestra representativa del exilio que se estableció en México. Las cifras más confiables indican que llegaron a México en total 25,000 refugiados, y los pasajeros de estos tres vapores ascienden a 4,660, ello es, representan casi 20 por ciento del total. Sin embargo, el perfil de los refugiados llegados a México se hace con base en las ocupaciones que manifestaron los jefes de familia y aquellos refugiados que viajaron solos, que sumaban en total 2,432.

³ El hecho de que el exilio español que se estableció en México contara con recursos económicos suficientes hizo que se convirtiera en una inmigración organizada y subvencionada, lo que le imprimió un sello muy particular a diferencia de otras experiencias parecidas: permitió amortiguar la terrible experiencia del destierro, porque aunque no es cierto que "las penas con pan son buenas", sí lo es que "las penas con pan son menos".

⁴ José Bru Tomàs y Josep M. Murià i Romaní, José María Murià (coord.), *Diccionario de los catalanes de México*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco/Generalitat de Catalunya, 1996. Este diccionario se basó, corrigiéndolo y aumentándolo, en el *Diccionari dels catalans d'Amèrica*, Barcelona, Comissió Amèrica i Catalunya, 1992.

⁵ Para los fines de este trabajo consideramos como tales a aquellas personas de las que explícitamente se

dice que lo son, 561 (86.71 por ciento), y a aquellos llegados entre 1939 y 1950, aun cuando en el *Diccionario* no se explicita.

⁶ Este porcentaje puede variar si tomamos en cuenta que muchos de los refugiados vinieron acompañados de familiares. Y si bien éstos —especialmente las esposas— no quedan mayoritariamente registrados en el *Diccionario*, algunas de las variables que aquí vamos a analizar les atañen. Por eso se ha hecho el siguiente cálculo: de los 647 individuos registrados, restando a los que por su edad con toda seguridad no venían encabezando una familia (110), nos encontramos con que al resto, 564, les podemos sumar un 45 por ciento más, de acuerdo con las evidencias que en otras fuente aparecen en el sentido de que por cada refugiado formalmente registrado viene acompañado por tal proporción de personas que no tienen registro propio. Entonces el *Diccionario* nos estaría dando información de alrededor de 19.33 por ciento del total de los exiliados catalanes que llegaron a México, porcentaje que si bien ampliaría la muestra, sigue siendo relativamente reducido.

⁷ Este análisis se basa en sólo 418 individuos, que son de los que se conoce su ocupación en Cataluña y en México.

⁸ A. Bladé i Desumvila, *De l'exili a Mèxic*, Barcelona, Curial, p. 65. Traducido del original en catalán.

⁹ Citado en *Ibid.*, p. 220.

¹⁰ Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución mexicana*, México, Cal y Arena, 1992, pp. 191-192.

¹¹ *Ibid.*, p. 198.

¹² *Entrevista a Ramón Guillot, realizada en la ciudad de México, por Dolores Pla, los días 25, 29 y 31 de octubre y 12 de noviembre de 1979*. Subdirección de Información y Biblioteca "Manuel Orozco y Berra", Dirección de Estudios Históricos. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México/Centro de Información Documental de Archivos, Dirección de Archivos Estatales, Ministerio de Cultura de España (en adelante DEH-INAH/DAE-MCE) PHO-10-47, p. 144.

¹³ *Entrevista a Enrique Faraudo, realizada en Guadalajara (Jalisco), por Dolores Pla, los días 26, 27 y 28 de noviembre de 1979*, (DEH-INAH/DAE-MCE), PHO-10-68, pp. 140-141.

¹⁴ *Ibid.*, p. 134.

¹⁵ *Entrevista a Ricardo Mestre, realizada en la ciudad de México, por Enrique Sandoval, los días 4, 10 y 12 de marzo, 8, 13, 18, 20, 22, 27 y 29 de abril, 2, 4, 6, 11, 13 y 16 de mayo de 1988*, (DEH-INAH/DAE-MCE), PHO-10-99, p. 504.

¹⁶ *Entrevista a María Tarragona, realizada en la ciudad de México, por Concepción Ruiz-Funes, los días (primera sesión sin fecha) 9, 15 y 16 de marzo y 8 y 11 de abril de 1988*, (DEH-INAH/DAE-MCE), PHO-10-100, p. 148.

¹⁷ *Ibid.*, p. 160.

¹⁸ *Entrevista a José María Muriá, realizada en Guadalajara (Jalisco), por Dolores Pla, los días 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24 y 27 de agosto de 1979, (DEH-INAH/DAE-MCE), PHO-10-40 (Edición de José Carlos Sebe Bom Meihy y Dolores Pla). Se repite con frecuencia en los testimonios la idea de que los "gachupines" sentían compasión por los refugiados y su triste situación.*

¹⁹ *Entrevista a Jaime Costa, realizada en Guadalajara (Jalisco), por Enriqueta Tuñón, los días 26, 27 y 28 de noviembre de 1979. (DEH-INAH/DAE-MCE), PHO-10-67, p. 3.*

²⁰ *Entrevista a Claudio Esteva Fabregat, realizada en Madrid, por Elena Aub, el día 23 de junio de 1981. Y en Barcelona, por Enriqueta Tuñón, el día 6 de diciembre de 1981, (DEH-INAH/DAE-MCE), PHO-10-Esp. 29, pp. 122-123.*

²¹ *Ibid.*, p. 216.

²² *Entrevista a Ramón Guillot*, pp. 237-238.

²³ *Entrevista a Florencio Santamaría, realizada en la ciudad de México, por Enriqueta Tuñón, los días 1, 24 y 29 de enero, 11, 19 y 28 de febrero, 11 de marzo, 7 de mayo y 2 y 17 de junio de 1980, (DEH-INAH/DAE-MCE), PHO-10-50, p. 427.*

²⁴ *Ibid.*, p. 428.

²⁵ *Entrevista a Ramón Guillot*, p. 236.

²⁶ *Entrevista a Manuel Martínez Roca, realizada en Barcelona, por Marisol Alonso, el 24 de abril de 1979. Y anexo realizado por Enriqueta Tuñón el 8 de diciembre de 1981, (DEH-INAH/DAE-MCE), PHO-10-32, p. 159.*

²⁷ *Entrevista a Claudio Esteva Fabregat*, p. 157.

²⁸ *Entrevista a Jaime Costa, realizada en Guadalajara (Jalisco), por Enriqueta Tuñón, los días 26, 27 y 28 de noviembre de 1979, (DEH-INAH/DAE-MCE), PHO-10-67, p. 193.*

²⁹ *Entrevista a José María Muriá. (Edición de José Carlos Sebe Bom Meihy y Dolores Pla.)*

³⁰ *Entrevista a Claudio Esteva Fabregat*, p. 257.

³¹ Claudio Esteva Fabregat, "L'exili català als països americans: una perspectiva antropològica", en *IV Jornades...*, IV, p. 228.

³² *Entrevista a Luis Salvadores, realizada en Barcelona, por Concepción Ruiz-Funes, el día 26 de abril de 1979, (DEH-INAH/DAE-MCE), PHO-10-35, p. 67.*

³³ *Entrevista a Francesca Linares de Vidarte, realizada en la ciudad de México, por Enriqueta Tuñón, los días 27 de febrero, 1, 9, 10, 16, 22 y 28 de marzo de 1988, (DEH-INAH/DAE-MCE), PHO-10-98, p. 248.*

³⁴ *Entrevista a María Tarragona*, p. 147.

³⁵ *Entrevista a José Marull, realizada en Guadalajara (Jalisco), por Dolores Pla, los días 22, 23 y 26 de noviembre de 1979, (DEH-INAH/DAE-MCE), PHO-10-63, pp. 63-64.*

³⁶ *Entrevista a Ramón Guillot*, pp. 212-213.

³⁷ Agradezco esta información a Anna Ribera Carbó, quien participó en la realización del primer diccionario.

³⁸ *Entrevista a José Gené, realizada en la ciudad de México, por Concepción Ruiz-Funes, los días 22 de febrero, 1, 8, 15, y 28 de marzo y 5 de abril de 1979, (DEH-INAH/DAE-MCE), PHO-10-11, p. 327.*

